

## M EL INCOMUNICADO EN *AL FINAL DE LA CALLE* DE ÓSCAR MALCA

---

**Dr.ª Michèle Frau-Ardon<sup>15</sup>**

*Université Paul Valéry- Montpellier III*

### **Resumen**

Valiéndonos de las herramientas sociocríticas de Edmond Cros, nos proponemos analizar los discursos del protagonista principal, M, en sus relaciones consigo mismo y con los otros, dentro de una dialéctica identidades versus alteridades enfocada desde el sesgo de la marginación generada por un clima social que apunta a múltiples formas de violencia en la Lima de los años 80 y 90, violencia que tuviera su justificación en el contexto terrorista de Sendero Luminoso. En efecto, M va desplazándose por un universo hostil y en pleno deterioro, el de una Lima marginada, convocada a través de la experiencia personal del autor, con el barrio de clase media baja de Magdalena del Mar. Este clima ambiental – pérdida de referentes tanto familiares como sociales – imposibilita los intercambios personales de todos los miembros de la pandilla que dinamiza el relato a la par que les inmoviliza en el espacio: «jóvenes que se paran en la esquina a matar el tiempo y a hablar de cualquier cosa, sobre todo del vacilón» (Pérez Aldave). Ahora bien, su única respuesta será en las estrategias de supervivencia: uso y tráfico de drogas y de alcohol, robos, música *underground* así como el recurso a cualquier tipo de violencia, entre otras un intento de violación colectiva.

Ahora bien, llegamos al cuestionamiento siguiente: ¿cómo puede uno ubicarse, adaptarse al medio sin ser ‘contaminado’, ¿cómo logra uno construirse como conciencia propia? Notamos que la asimilación de M al grupo- a la otredad- presenta zonas de distanciamiento en que se perfila cierta forma de aislamiento existencial, lo que produce sentido: «Todos sus amigos eran graciosos [...] Tenían la vida regalada, se la llevaban fácil: o el infortunio estaba muy lejos de sus alrededores o no se daban cuenta de nada, pero [...] ¿caso él era como ellos?» (Malca).

Es efectivamente en este intersticio entre el yo y los otros que remite a la alteridad *bajtiniana* donde M configura su autoconciencia.

### **Palabras clave**

Lima, literatura latinoamericana, historia latinoamericana, comunicación interpersonal, identidades y alteridades

---

<sup>15</sup> Profesora del Lycée Jean Monnet (Francia). Doctorado por la Université Paul Valéry-Montpellier III. Miembro asociado del Institut de Recherche Intersite Études Culturelles (IRIEC) EA 740 de la Université Paul Valéry-Montpellier III y miembro del Institut International de Sociocritique (IIS). Investigadora del Grupo de Investigación HUM- 363: Teoría de la Literatura y sus Aplicaciones de la Universidad de Granada. Su investigación se centra en la teoría sociocrítica, que integra la episteme del materialismo dialéctico y una perspectiva psicoanalítica.



## 1. Consideraciones preliminares

La novela *Al final de la calle* (1993) llevó inicialmente el título de la película, *Ciudad de M*, (2000) dirigida por Felipe Degregori. Ambos textos se nos ofrecen una visión dramática de la sociedad limeña marcada por el fenómeno terrorista de Sendero Luminoso. Además de analizar cómo M intenta construirse en tanto que sujeto, daremos cuenta de cómo la violencia política de los años 80 y 90 pasó a convertirse en violencia social, generando diferentes formas de transgresión y de marginación cuyas manifestaciones más exacerbadas –rechazo de los serranos andinos, delitos, narcotráfico, abusos de alcohol, prácticas sadomasoquistas, intento de violación colectiva– dan en el distrito limeño de Magdalena del Mar. A la vez dentro del grupo de los ‘esquineros’, los que se pasan la vida en la esquina, para simplemente pasar el tiempo, un *tiempo muerto*, según Romeo Grompone y al margen del mismo, privilegiaremos el análisis semiótico de M, el personaje central, quien *camina sin rumbo*, entre malestar y cinismo, atrapado por el ambiente opresivo en el que viven muchos jóvenes limeños de una ya extinta clase media. M, como lo viene subrayando esta sencilla inicial, apunta a la problemática identitaria: en efecto, él se presenta exclusivamente con este apelativo, en su presente, por lo cual no se puede reconstruir su pasado y ni siquiera existe una tenue proyección hacia su futuro. Sale de la nada, vive en el caos, en una *ciudad de mierda*, Lima, y tal contexto sólo puede desembocar en la autodestrucción.

Respecto a la estructura, la novela está compuesta por 19 capítulos discontinuos –salvo un caso– y tres viñetas de ambiente denominadas «Rutas de Magdalena». De modo general, la novela tiene, sobre todo, una impronta nacional en la colección de relatos de Oswaldo Reynoso, en especial *Los inocentes* (1961). «Con los modelos norteamericanos comparte la rebeldía individual, la desazón ante la disolución de los ideales sociales y una especie de parálisis emocional/afectiva que se impregna en un discurso distante (López Degregori, 2017). El narrador M se da a leer como un personaje inasible: sobre él se deslizan las emociones y los sentimientos, nada lo abrumba, nada lo angustia. M es un muchacho de los años 80: gusta algo de cine, consume drogas, se embriaga, recibe golpes, y busca trabajo. Las condiciones de animalidad de su propio entorno generan su reflexión. En efecto, él no deja de *carburar*, o sea cuestionarse sobre las andanzas y el destino de un joven en una ciudad en pleno deterioro, una ciudad de M, actitud que contrasta con la de sus amigos: Coyote, el Gordo, Rubén, Ato, Caníbal, Pacho, Patillo, Bigote, todos apodos, y Silvana, la enamorada de M y de los otros: « Todos sus amigos eran graciosos...Tenían la vida regalada: se la llevaban fácil: o el infortunio estaba muy lejos de sus alrededores o no se daban cuenta de nada, pero, se preguntó, ¿acaso él era como ellos?» (Malca, 1993:113), suspense que encuentra su respuesta en el extracto *Viñetas*.

El texto ficcional presenta a modo de prólogo un testimonio autobiográfico titulado *Ciudad de M*:

En febrero de 1984, durante una pelea callejera en el Rímac, me partieron la pierna en dos. Estuve enyesado cerca de ocho meses (pude estarlo menos tiempo, pero una noche de borrachera me volví a golpear) y a los 25 años eso significaba no solo exasperante postración [...] sino el hecho insoslayable de haber quedado indefenso ante cualquier posible agresión que pudiera venir de las calles limeñas (Malca, 2000, p. 9).

Así que el prólogo no solo nos ofrece una fuerte carga emocional, sino que también nos traslada a los finales de los años 80 y principios de los 90 en que el Perú sufrió la violencia de Sendero luminoso. Dentro de una dialéctica civilización versus barbarie, su fantasma recorre las páginas, acrecentando la violencia de la marginalidad juvenil: trompeaduras, arreglos de cuenta, robos, consumo de drogas baratas, ataques de los pirañitas, intento de violación, todo ello con música caleta de fondo, el rock *underground*. Los escenarios que presenta la novela no están limitados a Magdalena y distritos aledaños, pero sí que en todos predomina una carga extrema de violencia urbana.

## **2. Las representaciones de la realidad**

Abordaremos nuestro análisis desde una doble perspectiva de un estudio literario tradicional que combinaremos con los aportes de la sociocrítica. En el campo teórico de la sociocrítica de las producciones culturales, el objetivo principal es examinar los fenómenos de producción de formas y de sentidos a partir de las profundas relaciones que unen a las sociedades con su historia y sus culturas respectivas. En efecto, la sociocrítica

Pretende descubrir las relaciones que el texto mantiene con la sociedad de la que emerge. De hecho, la sociocrítica no se interesa por lo que el texto significa sino por lo que transcribe, es decir, por sus modalidades de incorporación de la historia, además no al nivel de los contenidos, sino al nivel de las formas (Cros, 2009, p. 98).

La realidad y sus representaciones impactan desde el principio de la ficción a través de lo que definimos en estudios sociocríticos en tanto que texto semiótico fuera versus dentro, siendo Lima el espacio exterior y la casa de M, el espacio privado. Juzgamos útil precisar que los textos semióticos se presentan bajo la forma de opósitos que estructuran un texto según un valor social, un valor moral o una noción abstracta, siendo su objeto principal organizar el campo morfogenético.

El incipit abre sobre el espectáculo de la Plaza San Martín, en Lima, a las seis y media de la tarde o sea un momento que propicia el dinamismo exacerbado de la capital limeña. El texto semiótico dentro versus fuera articula

la ficción para dar cuenta del vagabundeo solitario de M por un espacio bullicioso que le es extraño, primer signo de desfase que le conduce a salir mentalmente del escenario para refugiarse dentro de sí mismo, al crear una frontera simbólica que le aísla y le permite ver sin ser visto:

Caminaba sin rumbo por LA COLMENA, mirando los escaparates y los carteles chillones que emergían de los muros en medio del desorden y de la bulla de la avenida. Caminaba entre *cláxones* que estallaban uno tras otro, revistas usadas y navajas de afeitar que se esparcían en el suelo al lado de charcos malolientes y mutilados que pedían limosna casi amenazando a los transeúntes. La gente se cruzaba chocándose los hombros, gesticulando y hablando a gritos. M miraba la calle como si en realidad estuviese en algún lugar muy dentro de su cuerpo, encapsulado, oculto tras una delgadísima tela que, sin embargo, no lo libraba del vaho miserable del entorno (p. 17).

Avenida céntrica donde se cruzan centenares de individuos, la COLMENA se da a leer a un nivel metafórico a través de la imagen de un panal donde la muchedumbre camina sin rumbo, pero dentro de una estructura social bien determinada, con una jerarquía implícita que implica procesos de exclusión e inclusión. He aquí donde se vislumbra la primera señal de la alteridad, a través de un sujeto que sólo está mirando, y no actuando dentro de la asimilación de un grupo. El modo como M se refugia dentro de su propio cuerpo para protegerse de su entorno- a la vez gente y lugar- apunta a una evidente forma de agresión tan física – chocando, gesticulando- como oral-cláxones que estallaban, a gritos-. Esta representación de Lima refuerza la visión que el propio autor ya presentaba en su testimonio autobiográfico en la revista *Debate* (1989) en un número especial dedicado a Lima y a los limeños: «Porque es eso lo que la ciudad [...] ha representado para mí. Un lugar en el que todo el tiempo había que estar preparado para enfrentar relaciones de fuerza- que no de poder, categoría demasiado abstracta, insuficiente y refinada para la sociedad limeña». Claro es que el desorden y la bulla de la avenida dan la prueba de una visión caótica del espacio urbano, el cual genera una suerte de auto- defensa de M «encapsulado muy dentro de su cuerpo». Esta barrera invisible que separa a M del mundo exterior nos permite avanzar la hipótesis de que M sufre del síndrome de despersonalización. En efecto, M no participa de la experiencia del sujeto colectivo y de su experiencia y su extrañeza se nota a diferentes niveles del discurso. El discurso sobre M nos permite relacionar dos signos: el de la metáfora ‘encapsulado’ y el uso del ‘como si’ que enfatiza lo inadecuado de la descripción utilizada, en pocas palabras, la incapacidad de capturar la experiencia de lo vivido. Si tomamos en consideración los últimos estudios sobre las experiencias corporales anómalas que alimentan la despersonalización, el sesgo del que se vale el discurso sería, con la interferencia de la ‘cápsula’, la sensación de descorporización:

Generalmente se trata de una sensación no específica de no estar en el cuerpo o de no estar realmente presente[...]Esta experiencia se asocia con una autoobservación incrementada , en la cual la persona tiene la sensación de ser un observador ajeno y desvinculado de su propia conducta (Sierra –Siegert, 2008, p. 44)

Luego del discurso preliminar sobre el espacio externo, Malca utiliza la misma estrategia de escritura, a saber una enumeración de sustantivos que enfocan en un ambiente caótico para mostrar cómo lo externo logra invadir y contaminar al espacio de privacidad que es la casa de M: «sonido de máquinas, rebotes de pelota, discusiones a gritos, chillidos infantiles, insultos y portazos poblaban sus noches de insomnio» (p. 19) No obstante, si bien se repite aparentemente el mismo proceso, notamos lo ambiguo de la personalidad de M quien , en el caso de la noche, antes bien se nutre de la contaminación oral externa para huir , en definitiva, de la excitación que le provoca el consumo abusivo de drogas: «terminó aficionándose al punto de obsesionarse por descifrar los ruidos más leves. Era una suerte de ejercicio de relajación». (p. 19)

Ahora bien, ¿cómo puede uno construirse como sujeto en un entorno tan hostil? Recordemos que:

El sujeto, individual o colectivo, no se construye en y para sí; se hace, casi literalmente, en relación con otros sujetos, pero también por y en su relación con el mundo. En este sentido, la mimesis no se enclaustra en su función representativa de la realidad del mundo [...] más bien, en cuanto construcción de lo real, en la mimesis el sujeto se define en la misma medida en que propone como mundo objetivo un orden de cosas que evoca en términos de realidad independiente del sujeto y que, sin embargo, no existe más que como el sujeto la dice [...] la construye[...]En otros términos, no hay mimesis sin sujeto, pero no hay sujeto que se constituya al margen de la mimesis del mundo (2003, p. 91).

Así que es necesario estudiar las representaciones que M se hace de su entorno. Magdalena del Mar: un distrito repelente configurado a través de imágenes que expresan el deterioro en una mezcla indiferenciada de residuos y animales o sea un proceso de deshumanización: «La oscuridad ocultaba los desechos, los cuerpos resecaos de pájaros y gatos muertos se confundían con el polvo y el hollín acumulados». (p. 52) Más adelante en el texto, el discurso sobre Magdalena del Mar enfatiza en el borrado total de su estructura interna, y la carencia de la misma conduce obligatoriamente a la imposibilidad de identificarse con un lugar específico. Esta pérdida de la identidad espacial remite simbólicamente a la pérdida de las raíces, debido al desplazamiento de los serranos mientras el impacto de Sendero Luminoso:

Todo lo que se veía en el horizonte era una sucesión de formas geométricas...Azoteas con muebles desfondados, abigarradas y cables de alta tensión: aislada del contexto, la imagen parecía provenir de otro mundo. La tosca armonía de esas vetustas estructuras llevaba a pensar en una concertada secuencia de destrucción, como la de una manada de paquidermos avanzando lenta y marcialmente hacia su propia ruina (p. 53).

Las últimas imágenes que nos proporciona el texto completan de modo irrevocable el proceso de descomposición: « [...] «y en Magdalena todo es silencio y apatía [...] hoy no quedan sino residuos, huellas perdidas entre la mugre y el detritus; en fin, un abandono sordo, minucioso como una demorada intervención quirúrgica» (p. 64) Para resumir este apartado, diremos que el desencuentro define a M, desencuentro con su propio entorno, desencuentro consigo mismo y con los otros de su grupo. Él acude a la experiencia de una realidad que no puede asumir.

### **3. Yo y los otros**

A lo largo de toda la novela, M, una sencilla inicial que le define, un modo como para dar prueba de su *incompletitud* y /o de una carencia en qué? de quién? y retoma el título inicial, *Ciudad de M*, obedece a un doble impulso : a la vez unimismarse con los muchachos que ha escogido como semejantes , con otros serranos , por razones socio-económicas, pero también, aislarse de ellos, al afirmarse su diferencia, lo cual hace de M un ser escindido, que se desplaza por un mundo ya fragmentado debido a las secuelas de la Historia, así como mentalmente obstruido con la metáfora de una calle que bloquea cualquier posibilidad de escapatoria, de apertura sobre otro universo: *Al final de la calle*, retomado dentro del tejido ficcional: «la ausencia total de perspectivas en Lima»(p. 161) . Respecto al contexto histórico de los años 80 y 90, recordemos que la violencia predominaba bajo diferentes formas en aquella época. La época del terrorismo en el Perú, conocida por el Estado Peruano como Conflicto Armado Interno del Perú, Guerra contra el terrorismo, o Lucha contra el terrorismo, fue un período ocurrido entre 1980 y 2000 durante la escala armada de grupos subversivos establecidos en el centro y sur del país que buscaba derrocar al entonces gobierno peruano y establecer un gobierno bajo la doctrina comunista. La violencia que generó el terrorismo provenía de la actividad guerrillera de Sendero Luminoso y en menor grado de otro grupo terrorista, el MRTA (Movimiento Revolucionario Túpac Amaru). Según la Comisión de la Verdad y Reconciliación, esta época es considerada la más brutal de la historia peruana por el número de víctimas, así como por las muchas víctimas objeto de persecuciones: minorías étnicas, religiosas y sexuales o personas de acuerdo a su condición social o económica.

Claro es que la Historia impacta en la vida diaria de los serranos y contribuye a agudizar el proceso de la marginación que se da a leer dentro de una máscara identitaria, en un vaivén constante entre un Yo que quiere integrarse de modo restrictivo no al pueblo limeño « inutilidad de cualquier esfuerzo por escapar de la vida que lo esperaba», «las mujeres también podían irse a la mierda» , «no necesitaba de nadie» (p. 53) sino a un cierto estrato social, el de los serranos de Magdalena del Mar. Respecto a este proceso, el texto recurre varias veces a los acontecimientos históricos que sacudieron al pueblo peruano, mientras los años 80. Por una parte, los terroristas, identificados en tanto que *terrucos* (p. 159) perpetran la violencia; por otra parte, entendemos lo duro del exilio forzado de los serranos que estuvieron perseguidos hasta la periferia de Lima: «Creo que vienen de Ayacucho, Apurímac, fugando de terrucos y milicos. Es una mancha que el gobierno prometió reubicar porque venían huyendo de la subversión, ya sabes. Pero la zona que les dieron era recontramisia, sin agua ni nada y en el culo del mundo».(p. 160) La dialéctica integración versus exclusión recorre la trama narrativa y se da a leer en el caso específico de M con más exacerbación pues el discurso apunta a la puesta en abismo de un marginado, M, que se adentra en su propia soledad, que se queda al margen o sea el signo está 'pluriacentuado' y su 'pluriacentuación' enfatiza en la incomunicación; a nivel discursivo, es la tachadura tanto del emisor como del receptor. Son múltiples las oportunidades en que M pudiera plenamente adherir a las alteridades, en especial cuando se trata de su propia categoría social, la de los serranos, pero siempre da un paso hacia atrás:

Descubrió a un muchacho semiechado con una pierna sangrante que se le quedó mirando a los ojos. Por alguna razón pensó que era muy parecido a él. Delgado, con las ropas en desorden y el corte de pelo típicamente serrano: era como mirarse en un espejo deformante [...] No, así no era él, se dijo» (p. 111) y [...] se fue alejando lentamente, caminando de espaldas, y no volteó hasta que estuvo seguro de haber salido del horizonte visual del herido (p. 112).

En este punto, consideramos oportuna la teoría de la alteridad bajtiniana (Bajtin, 2000) aplicable a la comprensión del yo en relación consigo mismo y con el otro, condición de posibilidad del Yo. Los postulados de la tradición metafísica sobre la identidad del sujeto como instancia pensante son relevados por el Yo también soy y dicho postulado, que se vislumbra en el tejido ficcional a través de una figura especular, «da prioridad al Otro que no soy Yo, pero que también soy Yo, de tal manera que los términos de la presunta oposición interactúan dinámicamente» (Santa Fe, 2002, p. 113) Ahora bien, pudiéramos entender este rechazo de ser asimilado a la misma categoría étnico-social, la de los serruchos, en la perspectiva ya enunciada de la despersonalización. Deterioro del paisaje y fragmentación de Magdalena del

Mar, escisión y/o despersonalización de M deben ser leídas a la luz del contexto socio-histórico de los años 80, desde el sesgo de la(s) violencia(s).

#### **4. Escenificación de la violencia**

La violencia irradia todo el tejido textual, por lo cual hemos privilegiado presentar una muestra de ciertos casos de violencia, clasificada en función de indicadores textuales, clasificación cuya meta será analizar las varias situaciones de comunicación o aborto súbito o carencia de las mismas.

##### **4.1. Violencia urbana: relaciones interpersonales**

Estos jóvenes desocupados, hartos de ilusionarse con que el país les ofrezca algo, optan por una salida propia, en la mayoría de los casos, delictiva: robos o ataques de grupos de día, en plena calle o en los alrededores de barrios desfavorecidos, sin ningún respeto ni a los ancianos ni a parejas de enamorados que deambulan tranquilamente. Un grupo de rateros mete las manos en los bolsillos de un anciano, éste se pierde el equilibrio, se cae. M finge frenar al ladrón: «En el instante en que lo tuvo cerca, casi pasando a su lado, se sorprendió a sí mismo estirando el pie». (p. 22) Si bien M socorre al anciano, podemos decir que está ausente de sí mismo, como espectador/actor mi activo, mi pasivo, en frágil equilibrio entre el Bien y el Mal, ya que no finaliza su empeño personal, un modo como para retroceder o por lo menos cortar su primer impulso de generosidad que se da a leer en una forma final de total indiferencia: «En el instante en que lo tuvo cerca, casi pasando a su lado, se sorprendió a sí mismo estirando el pie», (p. 22) «el viejo lo reconoció y, tratando de sonreír, quiso acercarse a agradecerle lo que le había hecho. Pero M, caminando sin prisa, no se detuvo» (p. 23). Otra vez notamos que la experiencia consciente de M parece desprovista de 'colorido emocional', un signo evidente del proceso de despersonalización dado que lo faltante en la misma «serían los sentimientos que normalmente acompañan la conducta y la experiencia subjetiva». (Sierra-Siebert, 2008, p. 42)

##### **4.2 Violencia social: relaciones de un sujeto colectivo que se articula en torno a la dialéctica orden versus desorden**

Esta segunda faceta apunta a la problemática de la pobreza, con la situación del paro que se visibiliza a través de una cola interminable de gente pendiente de un buen número para tener un trabajo a la par que surge de este espacio bien delimitado 'una mancha de mineros andrajosos', signo del desbordamiento popular. ¿Qué constatamos? M sigue tranquilo e indiferente, inmóvil, pues «no estaba dispuesto a perder su lugar» (p. 112)

### **4.3 Violencia barrial: dialéctica exclusión versus inclusión, así como la noción de pertenencia al grupo, con un cierto distanciamiento de parte de M.**

Ante la carencia de la estructura espacial del distrito de Magdalena del Mar, un distrito en que habita una clase media en cierta decadencia, el grupo de amigos de M sólo encuentra un punto específico, no un lugar, para reunirse. «La esquina [...] era el sitio ideal para parapatearse de las propias desgracias personales sin que pareciera que lo estaban haciendo». (p. 28) Esta reducción de la noción de lugar a su forma más minimalista produce sentido en la medida en que inscribe la pertenencia del grupo al barrio. Fuera de ser el simulacro de un verdadero lugar de encuentro, una esquina es el espacio de un entre dos, un lugar abierto que posibilita muchas aperturas/huidas en el caso de actos de delincuencia.

Entendida como, en cierta medida la consecuencia y la actualización del drama del terrorismo, el discurso desdramatiza la violencia barrial tanto a nivel de los actos- robos, consumos de drogas, tentativa de violación –como de quienes actúan en nombre suyo, las leyes del barrio, así como los rituales. Mientras la música *underground* «almidona, los cerebros», los esquineros consumen ‘la merca’ (varias declinaciones en el relato), los chutes, los pacos, el pastel, los *quetes*. Como lo reconoce el mismo autor en una entrevista acerca de su novela:

La cultura de las drogas es parte de la descomposición en que viven los personajes y, además, [...] es una cosa sórdida que tiene que ver más que todo con el tipo de relaciones humanas que ellos tienen: la manera en que se relacionan con el mundo, la manera en que se relacionan con mujeres, la manera en que se relacionan con la violencia, la manera en que se relacionan con su futuro y con su entorno (Ledgard).

Claro que su consumo presupone tener de qué pagarla, lo cual conduce a actos de transgresión, el robo de la misma por M: « Al pasar por el sitio del allane, tuvo una vaga ocurrencia. Paró en seco, volvió sobre sus últimos pasos y, busco nerviosamente entre los arbustos. Al cabo de unos segundos, los ojos se iluminaron». Las consecuencias son dobles: físicamente, M acaba ingresado en el hospital, socialmente hablando, el robo da lugar a un ajuste de cuentas muy violento:

Se encontraba a punto de computar a una hembra en la sala cuando súbitamente se vio arrastrado hasta el baño.[...]Una mano le tiró de los cabellos y comenzó a tirar con fuerza, obligándole a erguir el cuerpo entre cómica y desesperadamente. Cuando estuvo a punto de ponerse de pie, una patada fue a clavarse en su riñón izquierdo. M se dobló, pero sólo lo suficiente para que un rodillazo lo empalmara en pleno rostro (p. 44).

Ahora bien, ¿cómo reacciona M? Natural, sin miedo especial, como si fuera otro yo quien cometiera el acto: « ¿cómo iba a conseguir la plata? No quería

pensar en eso. Ya habría tiempo. Ahora sólo quería cantar, poder pararse, ponerse bien» (p.48)

#### **4.4 Violencia de género mientras una tentativa de violación colectiva**

El capítulo titulado Violetas (pp. 191-197) inscribe un intento de violación colectiva en un coche que se aleja por la avenida del Ejército, en Magdalena del Mar, un distrito que bordea el Pacífico. De modo abrupto, la violencia nos atrapa de lleno con el rapto de una muchacha, de noche, por la pandilla de M, incluso él, que circula lentamente en el taxi del gordo, avenida Brasil, Magdalena del Mar. El discurso apunta a una violencia de género, identificado claramente en el tejido ficcional con la palabra «hembra»; ello desde la perspectiva de la violación colectiva. En efecto, abundan los términos relacionados a la misma: « ¡No le sueltes la boca, carajo! ¡Tápasela, tápasela! [...] presionando con todas sus fuerzas, M, con el cuerpo doblado, le sujetaba las piernas» (p. 191); «todos se esforzaban en tapar a la muchacha con el cuerpo»; «déjense de hablar como viejas y ayuden a agarrar a esa cojuda, -los calló furiosamente el Loco» (p. 192); «la hembra no dejaba de contorsionar el cuerpo, pugnando por gritar. Pacho le había puesto su casaca encima de la cabeza para solapearla, pero ella no se rendía. El loco la sujetaba del tronco y ya le miraba el slip al aire con la boca húmeda y espumosa» (p. 192); « la agarró del slip y se lo arrancó de un tirón.» (p. 193)

Frente a este desenfreno de las pulsiones eróticas masculinas, la ‘hembra’ se resiste desesperadamente: « la chica movía la cabeza frenéticamente y a cada momento se zafaba, con lo que otra vez escapaban sus alaridos»; (p. 191), «la hembra saltó como un pescado». (p. 193) Súbito, el discurso cobra un matiz dramático: « ¡Se está poniendo rígida, mierda, hagan algo!-pidió Pacho». (p. 196) Ante lo dramático de la situación, los amigos deciden abandonar el cuerpo en una cancha de futbolito, sin manifestar ni una pizca de remordimiento o humanidad. Es a este nivel del texto donde mejor se vislumbra el individualismo de M, un ser diferente de los otros, el único en tomar conciencia de lo dramático de la situación, mientras le tortura su conciencia: ¿habrá muerto o no la chica? Así que si tomamos en cuenta nuestra hipótesis preliminar de trabajo, a saber el proceso de despersonalización, que se ha verificado a lo largo del texto a través de una cierta ‘anestesia emocional’, podemos decir que este episodio crea una escisión en el relato, viniendo a tornarse M un ser ‘humanizado’ habitado por la conciencia: «volteó, hacia la ventanilla tratando de limpiarse los ojos sin que nadie se diera cuenta». (p. 197)

## 5. Cultura e identidad(es)

### 5.1 La cuestión identitaria

A través de la sencilla inicial de identificación, M, la identidad es el primer marcador textual que produce sentido:

El nombre es lo que, en un nivel elemental, da las bases para que se forme una identidad, y la historia de las experiencias y acciones de un individuo constituye el conjunto de bloques sobre los cuales se construye esa identidad. El protagonista de la novela carece de la base y de los bloques que le puedan facilitar la formación de su identidad (Tisnado, 2012, p. 6).

Por otra parte, M es un serrucho, o sea un andino. El estudio de José Matos Mar, *Desborde popular y crisis del Estado [1984] (2005)* posibilita una explicación de la conducta de muchos jóvenes limeños. Matos Mar se remonta a la época de la Conquista, desde la que, según él, se empezó a forjarla incapacidad que tiene el Perú de desarrollar una verdadera conciencia nacional, ya que «la herencia andina resultó marginada». En tales circunstancias, será muy difícil para el pueblo indígena afirmar su voz a través de la cultura, la cual puede ser definida como:

El espacio ideológico cuya función objetiva consiste en anclar una colectividad dentro de la conciencia que ella tiene de su identidad. Su primera característica es pues la de ser específica: no existe sino en la medida en que se diferencia de otras, y sus límites son acotados por un sistema de diferenciación, cualesquiera que sean los recortes y las tipologías que se consideren (culturas nacionales, regionales, etc...). La cultura funciona como una memoria colectiva que sirve de referencia y es, en consecuencia, vivida como guardiana de continuidad, y garante de la fidelidad que el sujeto colectivo debe guardar con arreglo a la imagen que le es así dada de sí mismo (Cros, 2003, p. 42).

Todas las culturas tienen una forma de ver, sentir, percibir y proyectar el mundo. Uno de los elementos de parametrage que oficializa la cuestión identitaria es la Cosmovisión o Visión Cómica, una forma de comprender, de percibir el mundo y expresarse en las relaciones de vida. Afirman los sabios de los pueblos ancestrales que recuperar la cosmovisión ancestral es volver a la identidad; «un principio fundamental para conocer nuestro origen y nuestro rol complementario en la vida». (Huanacani Mamani, 2010, p. 5). La apelación a las cosmovisiones indígenas invoca una ruptura con visiones *ethno* o antropocéntricas del capitalismo en tanto civilización dominante y también de los diferentes socialismos existentes hasta ahora, y reclama una mirada más bien cosmocéntrica que incluye la vida en todas sus formas y no sólo humana, cobijada en la naturaleza hoy amenazada. Al considerar esta amenaza, la experiencia de los pueblos indígenas cobra importancia al tener en común la idea de Madre Tierra o Pacha Mama como hogar

de todas las formas de vida. (Farah & Vasapollo, 2011, p. 171), cosmovisión que se conjuga con el concepto filosófico del *sumak kawsay*.

## 5.2 Aproximaciones a las lecturas del *Sumak Kawsay*

¿Qué se entiende exactamente por *Sumak Kawsay*? Cabe subrayar que el concepto del vivir bien desde los diferentes pueblos originarios se complementa con las experiencias de cada pueblo. Según la ideología dominante, todo mundo quiere vivir mejor y disfrutar de una mejor calidad de vida. De modo general se asocia esta calidad de vida al Producto Interior Bruto de cada país. Sin embargo, para los pueblos indígenas originarios, la vida no se mide únicamente en función de la economía. De modo general, el buen vivir ofrece una lectura multifacética, bajo los sesgos cultural, político, económico, jurídico, último aspecto que mereciera un análisis profundizado pero que me propongo presentar brevemente por ser la naturaleza o Madre Tierra, un sujeto de derecho en que cualquier pueblo latinoamericano logra reconocerse y afirmarse en tanto parte y totalidad a la vez.

Ambas ideas, la Pacha Mama y el Buen vivir se basan en nociones de vida en la que todos los seres (humanos y no humanos) existen siempre en relación entre sujetos, no entre sujeto y objeto, y de ninguna manera individualmente». (Acosta, 2013, p. 58). Estas nuevas constituciones se inspiran en un concepto profundo de la cultura de la vida: «vivir bien o buen vivir» como horizonte a transitar. En términos ideológicos implica la reconstitución de la identidad cultural de herencia ancestral milenaria, la recuperación de conocimientos y saberes antiguos; una política de soberanía y dignidad nacional; la apertura a nuevas formas de relación de vida (ya no individualistas sino comunitarias), la recuperación del derecho de relación con la Madre Tierra y la sustitución de la acumulación ilimitada individual de capital por la recuperación integral del equilibrio y la armonía con la naturaleza. (Huanacani, 2010, p. 13).

Ahora bien, a la luz de estos conceptos, interroguemos el texto de Malca. La identidad de los esquineros ya apunta a una forma de identidad no cultural sino espacial, la de una sencilla esquina. De la(s) cultura(s), sólo predominan la cultura de las drogas y del alcohol, la del sexo y de otros tipos de transgresiones. Por fin, las aspiraciones de la juventud limeña sólo se concretan, al final de la ficción, en la Utopía de irse a Estados Unidos, sirviendo de 'burros de atarante', de mulas, para un traficante de drogas, el Cubano. Este panorama de la juventud sin rumbo, condenada en cierta medida a repetir los mismos actos sin posibilidad de ninguna escapatoria «hasta que estén viejos y destruidos de tanto trabajar en lugares infectos» (p. 217) explica a la par que justifica de cierto modo la conducta individual de M y la otra, colectiva de sus compañeros.

## 6. Conclusiones

Las representaciones del espacio repercuten en el sujeto y, antes que forjarle su identidad, le fragmentan hasta vaciarlo de cualquier emoción y/o sentimiento, ponen de realce el abigarramiento así como la escisión de un sujeto M, atrapado en una violencia polifacética: violencia urbana versus violencia barrial versus violencia individual a la par que colectiva.

También es interesante resaltar las interrelaciones entre el síndrome de despersonalización y de la identidad cultural. En efecto, dado que ésta usualmente se conceptualiza como una anomalía en la experiencia de sí mismo, y partiendo de la premisa que son las culturas que moldean la experiencia, en el caso estudiado la cultura indígena vehiculada por los serranos, podemos enunciar que M es doblemente fisurado, ya fuera por su desarraigo espacial, así como por el ambiente de deterioro debido a la violencia terrorista. Se construye así discursivamente un sujeto complejo que oscila entre la no aceptación de un espacio/tiempo que le es ajeno y la carencia de sus raíces culturales, en resumidas cuentas, dos huecos.

Por fin, cabe recordar que «en América Latina el debate acerca del sujeto, y de su identidad, tiene un origen muy antiguo y pone en juego un arsenal ideológico premoderno. A través de este discurso, C Polar se refiere, claro, a la discusión teológico-jurídica del indio, debate que enfatizaba en «el presupuesto de toda imagen de identidad: animal, salvaje, hombre» (2013, p. 87) y que fue repetida desde el sesgo de la situación de la colonización. Por lo cual, la superposición de los tiempos históricos, la de los tiempos coloniales con los años 80 y 90, los de Sendero Luminoso acentúan el desgarramiento del sujeto quien no encuentra un referencial necesario como para ubicarse; sus múltiples representaciones están doblemente yertas en un espacio al margen, en una concepción de la historia fisurada. Para retomar a Cornejo Polar:

El sujeto que surge de una situación colonial está instalado en una red de encrucijadas múltiple y acumulativamente divergentes: el presente rompe su anclaje con la memoria, haciéndose más nostálgicamente incurable o de rabia mal contenida que aposento de experiencias formadoras; el otro se inmiscuye en la intimidad, hasta en los deseos y los sueños-aquí M ya no tiene ningún sueño-, y la convierte en espacio oscilante, a veces ferozmente contradictorio; el mundo cambia y cambian las relaciones con él, superponiéndose varias que con frecuencia son incompatibles (Cornejo Polar, 2003, p. 88).

La búsqueda de la identidad suele estar asociada a la construcción de imágenes de espacios sólidos y coherentes, capaces de enhebrar vastas redes sociales de pertenencia y legitimidad» (Polar, 2013, p. 78) ¿Qué nos revelan los discursos sobre M? Conforme nos adentramos en el examen de la iden-

tividad de M, se hacen evidentes las disparidades e inclusive las contradicciones de las imágenes y de las realidades que lo forjan como sujeto. El texto enfatiza en las fisuras de un sujeto inestable que desconoce sus propios límites o bien las ignora, dejándose llevar por el transcurso de la vida antes que actuar plenamente. Para resumir, los discursos que califican a M apuntan a su índole abigarrada, desde el sesgo de una restitución de la «realidad hecha de fisuras y de superposiciones, que acumula varios tiempos en un tiempo, el de la ficción novelesca, y que no se deja decir más que asumiendo el riesgo de la fragmentación del discurso que la representa y a la vez la constituye» (Cornejo Polar, 2003, p. 88)

## Referencias bibliográficas

- Acosta, A. (2013). *El Buen Vivir. Sumak Kawsay, una oportunidad para imaginar otros mundos*. Barcelona: Icaria editorial, s.a.
- Bajtín, M. (2000). *Yo también soy*. México: Taurus.
- Cornejo Polar, A. (2013). *Crítica de la razón heterogénea. Textos esenciales (1)*. Lima: Fondo editorial de la Asamblea de Rectores.
- Cros, E. [2003] (2009). *La sociocrítica*. Madrid: Arco Libros.
- Farah, Y. & Vasapollo, L. (2011). *Vivir bien un paradigma no capitalista. La Paz (Bolivia): Plural Editores*.
- Huanacani Mamani, F. (2010). *Vivir bien/Buen Vivir*. La Paz: Instituto Internacional de Investigación y CAOI.
- Ledgard, M. *Del final de la calle a la Ciudad de M: Conversación con Oscar Malca*. Recuperado de <http://www.desco.org.pe/recursos/sites/indice/158/675.pdf>
- López Degregori, C y Eslava, J. (2001). *La ciudad secuestrada: cuatro autores de la narrativa peruana de los noventa*. Lienzo, N°22: 233 – 280. Recuperado de <https://revistas.ulima.edu.pe/index.php/lienzo/article/.../1647>
- Malca, O. (1993). *Al final de la calle*. Lima: Libros de Desvío.
- Matos Mar, J. (2005). *Desborde popular y crisis del Estado. Veinte años después*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Santa Fe, R. (2002). *Sobre la noción de sujeto cultural. La construcción del sujeto cultural colonial en la película La Misión*. Sociocriticism, Vol. XVII, 1 y 2, 105 – 116.
- Sierra-Siegert, M. (2008). *La despersonalización: aspectos clínicos y neurológicos*. *Revista Colombiana Psiquiatría*, vol. 37, N°1. Recuperado de [Rev.colomb.psiquiat.vol.37/Nº 1](http://rev.colomb.psiquiat.vol.37/Nº1), 40-55.
- Tisnado, C. (2012). *Al final de la calle: Lima, Ciudad de M*. *Dissidences*, vol. 4, N° 7. Recuperado de <http://digitalcommons.bowdoin.edu/dissidences/vol4:iss7/10>